



**Divina Pazos: Voces. Madrid, Vitruvio, 2014, pp. 68.**

*Davina Pazos, poeta de la Einfühlung.* Desconfío de los poetas que escriben con el sentimiento; me desagradan los que apelan a la sentimentalidad, propia o del lector. Producen, en general, cosas ramplonas, sensibleras, para las que la poesía no es el vehículo adecuado, ya que cabrían mejor en revistas del corazón, hacinadas entre crucigramas y horóscopos.

Creo que el poema, la literatura en general, deben ser obra de la mente.

El buen poeta debe tener, desde luego, sentimientos e intuiciones, debe conocer los que aletean en su propio pecho, debe ser permeable a lo humano, pero debe plasmar sus obras con ayuda del cerebro.

Equidistante de ambos métodos, la poeta Davina Pazos va por muy otros, por muy suyos senderos.

Nacida en Ecuador, pero entre tanto española y madrileña, Pazos no es ni la hoja con la que juega la brisa de sus sentimientos, ni el dechado intelectual promulgado por Paul Valéry.

Es algo muy propio, muy *sui generis*. Su método de trabajo es, creo discernir tras haber leído varios de sus libros (algunos publicados, otro no), la *Einfühlung*.

Este término alemán, para el cual la palabra castellana *empatía* no termina de ser la traducción cabal, designa la capacidad de poder adentrarse en la forma de sentir de otra persona, de modo tal, que se puede imaginar lo que ella siente y piensa. (No debe confundirse esta cualidad con sensiblería, ya que, como se verá, la compenetración no siempre se da con seres éticamente encomiables.)

Davina Pazos no escribe poesía porque sí; escribe porque debe hacerlo. Ello no es por sí mismo garantía de calidad, pero puede serlo, y lo es en su caso. Pazos no acomete en general poemas sueltos, sino series de poemas, unificados por un criterio básico, que es iluminado desde diferentes perspectivas.

La decisión acerca del tema a tratar se da por obra y gracia de la *Einfühlung*. No es la poeta quien elige; el tema se elige en ella casi por sí mismo. La realidad la acosa a veces, proponiéndole motivos, anécdotas, imágenes, pero ella no se apresura, aguarda como un tigre al acecho.

Solo cuando la capacidad de Pazos de sentir lo que debe sentir la figura principal de su ciclo de poemas, el proto-agonista (hombre o mujer), ha acabado de madurar en ella, se da Pazos a la tarea de poner sus versos por escrito, y vierte en esa faena todo su ser del momento.

Se cuenta en los corrillos literarios de Madrid y alrededores que Pazos puede escribir con gran celeridad varios poemas, uno detrás de otro, para escándalo de algunos. Tengo para mí que eso solo es posible porque esos poemas han ido madurando desde tiempo atrás en la secreta bodega de su mente, de su subcutánea inteligencia. Solo necesita, en ciertos momentos, ponerse en íntima pose de poeta, y los versos le van brotando *como agua de manantial*. Pazos no es, en el trato privado, un ser de muchas palabras. Pero su capacidad de entender poéticamente a otra persona, de *ser* otra persona, le permite trabajar intuitivamente, aunque sin desconocer los usos y las reglas del ramo (a veces transgredidas con gusto y premeditación, para escándalo de los mismos y de otros).

En *Lo que más me duele es tu nombre* (2006), Pazos escribe desde la perspectiva de una madre que ha perdido a su hijo, *es* la madre a quien se le ha muerto el hijito, la encarnación de ese horrible error del destino que cambia el orden natural de las cosas. El volumen fue por ello merecidamente premiado.

En *Voces* (Madrid, 2014), a mi entender la obra más madura publicada por Pazos hasta hoy, la potente voz poética es la del muerto enamorado que se dirige a su viva esposa. El libro comienza con este poema:

I

Abandono la muerte  
para verte dormida,  
amanecer contigo,  
y tocarte las puntas de los dedos  
cuando a tientas me buscas  
en mi lugar de siempre,  
en tu costado,  
el punto donde existo  
con este traje nuevo,  
y este nuevo sentido que adivina  
cuando estás más sin ti  
que ayer,  
que nunca.

Estabas como nunca,  
me acuerdo de ese día,  
el llanto te quedaba  
igual que unos brillantes  
erguidos en el rostro.

Me enterrabas llorando,  
te miraba y decía  
es mi mujer,  
la que ha venido iluminada  
de tristeza,  
la que dice mi nombre y no consigue  
abrir los labios.  
La que duerme el horror de sepultarme.

A partir de esa primera escancción, la intensidad va *in crescendo*.  
Reproduzco otro de los poemas, aunque en realidad la serie debería ser leída  
completa y de continuo:

## VII

Ahora es cuando muero  
del todo,  
lo otro no fue nada,  
un rato, un golpecillo,  
un estertor y nada.  
Ahora duele  
tu voz, entre otras cosas,  
luz en este silencio para siempre,  
tu voz hecha girones  
y tus manos sobre ella,  
como si así no fueran a llegarme  
tus sonidos de triste,  
tu airada desazón  
que deja al descubierto  
a una mujer celosa de mi muerte.

Morirse, de verdad,  
eso que espanta,  
es cantarte canciones,  
recitarte poemas  
y que no sepas tú  
de dónde vienen.

Es hablarte al oído  
y que no te estremezcas,  
y besarte y tocarte  
y no poder tocarte.

En otro libro (inédito por el momento, y aún sin título) Pazos se  
compenetra con la personalidad de un amante que deambula por una ciudad

ajena. Esa ciudad es a la vez real y simbólica, trasunto de cualquier ciudad portuaria, de cuyo avatar humanizado él está prendido.

A Pazos le gusta, obviamente, rozar lo obvio, aludir a ello, pero sin sobrepasar la frontera del buen gusto al otro. La ciudad, cualquier ciudad es de antiguo también trasunto de la mujer amada, de cualquier mujer. El poeta, el hombre que se apropia de ella mediante la palabra. Pazos juega ese juego, pero a su manera.

Lo malo de los tópicos es que se los repite sin pensar, por inercia del espíritu o del lenguaje. Pazos recupera de vez en cuando en sus libros viejos tópicos, pero para transformarlos, para llevarlos un trecho más allá. En sus manos, dejan de serlo, por la mera virtud de su palabra.

La ciudad de su libro, pues, es y no es la ciudad real. Es el escenario de algún amor, pero también de muchas soledades, de reflexiones, de las imágenes portuarias que se presentan al observador. Mirando así la ciudad, Pazos la recrea, la falsifica, se la apropia. En este poemario, la voz masculina de Pazos funda esa ciudad mítica, apenas emparentada con la que siglos atrás erigieron bárbaros anónimos en el norte de Europa. Esa ciudad es, en primer lugar, solo de Pazos, pero por obra y gracia de la transubstanciación poética, esa ciudad se convierte también en nuestra. La magia no tiene lugar con algún poema en especial, sino en la suma de ellos y de las impresiones que generan en los ojos internos, en los pensamientos del lector.

Tanto en ese libro como ya en *Voces*, los poemas llevan cifras romanas como títulos. Sin embargo, no cuentan una historia, cuando menos no una narrada convencionalmente. Más bien son cada una de las escansiones como relámpagos, destellos, miradas o declaraciones del personaje en cuestión.

En *El hombre que no soy*, también inédito, Pazos se transforma en un pordiosero que ya no quiere formar parte del sistema laboral que rompe y destruye personas. Hay en ese libro oblicuas semejanzas con el protagonista de otro: *Alcoholemia*, inédito aún. Esta vez, el personaje está desquiciado por el alcohol, destruido, pero también recreado por el alcohol... El alcohol hace estragos en ese hombre, pero eso apenas le hace mella, porque él ya estaba estragado por la vida, por las obligaciones: de familia, laborales, del mero ser. El alcohol es así la cura, la fuga, el relajo, la muelle desesperación y el consuelo de una pronta muerte.

Toda poesía debe tener su lado de sombra, de misterio irresuelto e insoluble. Lo que en este libro se le hace difícil al lector es comprender a veces quién es el yo que habla y quién el respectivo tú. Pero dejando de lado esa confusión acaso querida por la autora, tiene mucha fuerza, versos poderosos, que laceran. Pazos sabe muy bien sugerir sentimientos violentos y enconados, de modo que sus metáforas pueden ser sentidas a menudo en carne propia.

En *Cadáver para un libro* (Madrid, 2016), su última publicación, asistimos al monólogo interior de un asesino que no mata por matar, ni a sueldo, sino para acallar las voces que lo acechan desde dentro, para cumplir caprichosas sentencias, para crear, a su modo, una rara y cruel hermosura.

Un poema, el XXII, por ejemplo, comienza así:

Todo instante es propicio a la belleza.  
Se desmaya la luz sobre la carne.  
En la rama de un árbol  
tiembla una hoja  
y grita el corazón  
un silencio de muerte.

Entra en la carne el filo  
hambriento de una pena.  
Quiere el aire tocar  
la pintura más bella de un artista.

Y cuando uno ya cree que la poeta ha perdido de vista su tema, surge como llamarada la evidencia contraria:

A veces un paisaje y a lo lejos  
el cadáver de una mujer hermosa  
que ha llorado sus últimas tristezas.  
[...]  
Todo cuerpo es propicio a la belleza,  
en un cadáver luce una congoja  
y un artista suspira.

Eso es lo de Pazos: el ramalazo, el hacha que rompe el hielo, el relámpago que inquieta, el golpe brutal de tenue poesía.

Y en la que creo es su obra cumbre hasta hoy, el inédito *Tempestades*, Pazos ya no es apenas poeta, sino excede los límites de la mera literatura: es ya toda mujer enamorada, mero sexo abierto y húmedo, entregado a la pasión que carcome, a la sublime obsesión.

En todos y cada uno de esos libros, Pazos desarrolla y demuestra mi hipótesis de manera cristalina: sin asomo de desmayo, sin inconsecuencias de ninguna clase.

No escribe desde fuera, intentando imaginar lo que sentiría una persona en esa situación: es esa persona en esa situación.

Lo que Pazos escribe, toca certera e infaliblemente el blanco. En versos breves, pero precisos; sugerentes, pero no caprichosos.

Descontando la magia inicial de su entrada en escena siendo otra u otro, lo demás se da con precisión de relojería, por imperio de la razón, de la sabiduría acerca de los sentimientos. No es un proceso intelectual, sino casi químico. El *ser* momentáneamente la otra persona, aunado a sus conocimientos literarios, le dan a Pazos la capacidad y la fuerza para traducir en palabras lo que la situación elegida le impone. No conozco a nadie en España que escriba hoy poesía como ella, como la suya. Es un escándalo que haya aún tantos libros suyos por publicar.

Carlos García  
(Hamburg, 8-XI-2017)